

LA PRIMERA FORTIFICACIÓN SOBRE EL ISTMO DE GIBRALTAR. METODOLOGÍA DE TRABAJO PARA SITUAR EL TRAZADO DE UNA FORTIFICACIÓN EFÍMERA

Manuel López Fernández / Doctor en Historia. IECG

INTRODUCCIÓN

Que nosotros sepamos, la primera obra de fortificación sobre los arenales del istmo de Gibraltar fue aquel foso que mandó cavar el rey Alfonso XI de Castilla para defenderse de los posibles ataques que, sobre el ejército castellano, podían efectuar las huestes musulmanas de Muhamed IV de Granada y del infante meriní Abu-Malik. Como es bien sabido, ambos llegaron a sitiario en el Istmo cuando el rey de Castilla pretendía apoderarse de Gibraltar en junio de 1333. No sabemos si por la escasa trascendencia del tema, o por lo difícil que resultaba fijar la ubicación de aquel foso que atravesaba el arenal desde una línea de costa hasta la otra, la mayoría de los historiadores que han tratado el cerco citado han pasado de puntillas sobre este punto concreto; aunque eso sí, casi todos ellos no han dejado de mencionar la famosa "*caua*" de las crónicas medievales,¹ las razones para su ejecución, y las consecuencias derivadas de su efectividad.

El tema que abordamos aquí, justificado por las estrechas conexiones interdisciplinarias entre Arqueología e Historia, surgió como consecuencia del proceso seguido para situar el real cristiano asentado sobre los arenales del istmo durante el cerco a Gibraltar en 1333, cuando elaborábamos un trabajo más extenso sobre tal acontecimiento histórico.² Porque el problema inicial no era situar el trazado de la cava que defendía el real por su lado norte, sino fijar la ubicación del campamento de los cristianos durante el cerco referido ya que el foso en cuestión carecía de referencias cronísticas concretas y sólo podíamos situarlo cuando supiéramos la posición del real de Alfonso XI sobre los arenales del Istmo. Por ello nos marcamos un plan de trabajo dirigido a estudiar la ubicación de este real apoyándonos en las referencias que pudieran ofrecernos las crónicas citadas y otras fuentes históricas. Esta metodología la considerábamos más efectiva que el procedimiento tradicional de búsqueda de restos materiales procedentes de aquellas instalaciones medievales, y la razón no era otra que teníamos conciencia de las dificultades que implicaría este método después de las vicisitudes bélicas ocurridas sobre el Istmo desde el siglo XIV, así como las de carácter urbanístico más recientes.

¹ Nos referimos a la "*Crónica del rey don Alfonso el Onceno*" y a la "*Gran Crónica de Alfonso XI*". La primera de ellas en Biblioteca de Autores Españoles. Vol. LXVI. Ediciones Atlas. Madrid, 1953. La segunda, preparada por Diego Catalán, en Editorial Gredos. Madrid, 1976. Debemos advertir previamente que ambas difieren poco o nada al tratar del asedio de Gibraltar en 1333. Así que seguimos en este trabajo a la primera de las mencionadas -refiriéndonos a ella como Crónica-, por no repetir las citas; no obstante, indicaremos que la Gran Crónica trata el asedio referido entre los capítulos CXXVI y CILIX.

² Una parte del mismo, titulado: "*Sobre la ubicación del real y del trazado de la cava que mandó hacer Alfonso XI en el istmo frente a Gibraltar en 1333*", será publicado en la revista Espacio Tiempo y Forma de la UNED. en un próximo número.

LA UBICACIÓN DEL REAL ATENIÉNDONOS A LAS FUENTES ESCRITAS Y CIRCUNSTANCIAS DE LA ÉPOCA³

Sabemos que cuando el rey de Castilla llegó a los arenales en la noche del veintisiete⁴ de junio de 1333, encontró que el real había sido asentado por sus adalides y siguiendo sus instrucciones previas. Así que, de entrada, creímos conveniente conocer los criterios de la época para elegir un lugar que fuese conveniente para acampar un ejército compuesto por unos siete mil hombres y más de tres mil animales.⁵ Por tal razón acudimos a la II Partida de Alfonso X y allí, dentro de la Ley XIX, encontramos el Título XXIII donde se habla de las condiciones aconsejables que debía reunir el lugar elegido para "aposentar una hueste"; entre otras cosas, se viene a decir en dicho título que era condición fundamental la existencia de agua, hierba y leña en tal lugar. Con estas premisas parece atenderse a cubrir las necesidades fisiológicas de hombres y animales, pero no dejamos de observar que en el título referido se insiste una y otra vez en la cuestión relativa a la seguridad y comodidad que debía proporcionar el campamento a la hora de "dormir e folgar e sufrir mejor el trabajo que ouieren".⁶ En la misma línea que Alfonso X podemos ver que se pronuncia su sobrino, don Juan Manuel, en El Libro de los Estados. Dice al respecto este noble que tanto guerreó en el siglo XIV, que cuando se hubiere "de posar en yermo, debe catar los que van en delantera que caten posadas do ha y abondo de aguas et de leña et de paja o de yerba", y además de lo anterior no olvida hacer referencia a la importancia que para los sitiadores tiene el hecho de proteger su campamento con "carcava et barbacana".⁷

Conocido lo anterior y sabiendo que los castellanos esperaban la llegada de la flota con provisiones e impedimenta procedente de Sevilla y Jerez, lo más razonables es que acamparan en algún lugar de aquel banco arenoso próximo a la línea de costa que circundaba la Bahía; pero a qué distancia de Gibraltar situarían el campamento si aquellos arenales no tenían agua ni hierba a primera vista, y había que desplazarse a sierra Carbonera para encontrar la leña necesaria para cocer el pan y otros alimentos.⁸ Al hilo de lo que venimos diciendo, todo apunta a que en las proximidades a sierra Carbonera el ejército encontraba más ventajas de aprovisionamiento y seguridad, pero tal vez existiese la dificultad de bloquear desde allí la entrada en la plaza del que quisiera hacerlo acercándose por la orilla del Mediterráneo. Tal vez por esta razón prefirieron aproximar hacia Gibraltar el lugar de asentamiento a riesgo de perder ventajas en la cuestión logística porque, como se deduce de la lectura de las crónicas y luego veremos, el campamento estaba más distante de sierra Carbonera que del Peñón. Y surgió aquí un interrogante clave en nuestro trabajo: ¿a qué distancia aproximada de las murallas de Gibraltar pudo situar su campamento el ejército sitiador?

Para responder a semejante cuestión recurrimos de nuevo a las fuentes medievales y nos encontramos con una serie de cercos, anteriores y posteriores a los tiempos de Alfonso XI, en los que se nos daban las distancias aproximadas entre el asentamiento de los reales y las murallas a sitiar. Por seguir un orden cronológico citaremos en primer lugar el cerco a Sevilla por Fernando III el Santo en los años 1247-1248. Según la Primera Crónica al acercarse el rey de Castilla a Sevilla situó su primer campamento en Tablada,⁹ y encontramos al respecto una cita del profesor Julio González donde se nos dice

³ Vamos a manejar aquí la Primera Crónica General, Las Partidas, Crónicas de los Reyes de Castilla, Gran Crónica de Alfonso XI y El Libro de los Estados. ...

⁴ Damos por hecho que fue este día siguiendo a las crónicas y a la documentación. No obstante, como otros autores han dado fechas diferentes, nos extenderemos en el asunto en un trabajo posterior.

⁵ A esta conclusión llegamos después de consultar fuentes diversas que sería prolijo citar aquí.

⁶ Estas son palabras de la Partida II, título XXIII, ley XXIII, cuando habla de cómo debe ser aposentada la hueste a la hora de cercar una plaza. Véase así en: *Las siete Partidas*. Glosadas por el licenciado Gregorio López (1560). Facsímil de Editorial BOE. Madrid, 1974.

⁷ Véase: *Obras de Don Juan Manuel. Libro de los Estados*. Biblioteca de Autores Españoles, tomo LI. Ediciones Atlas. Madrid, 1951, pgs. 320 y 324.

⁸ En Sierra Carbonera debían existir entonces bosques suficientes para tal menester si nos atenemos a cuanto dice Hernández del Portillo, Alonso: *Historia de Gibraltar*. Introducción y notas de Antonio Torremocha Silva. Centro Asociado de la UNED. Algeciras, 1994, pg. 55.

⁹ *Primera Crónica General*. Editada por Ramón Menéndez Pidal. Editorial Gredos. Madrid, 1977, tomo II, capítulo 1083.

que en el siglo XVI se conservaba todavía huellas de dicho campamento a media legua¹⁰ de la puerta del Alcázar.¹¹ Dando un salto en tiempo de más de un siglo nos encontramos que, en tiempos de Pedro I de Castilla, el canciller López de Ayala nos permite conocer en un par de ocasiones las distancias a las que el citado rey situó sus primeros campamentos cuando cercó Toro en 1355 y Valencia en 1364. En el primer de los casos el rey acampó en la aldea de Morales a una legua de Toro,¹² y en el caso de Valencia lo hizo a media legua de sus murallas en la playa del Grao.¹³

Como vemos, antes y después de los tiempos de Alfonso XI se guardaban unas distancias prudentes a la hora de instalar un campamento con respecto a las puertas y murallas de las fortalezas a sitiar. Esta circunstancia, que se puede constatar a lo largo de la Antigüedad y de la Edad Media, se debe fundamentalmente a las medidas tomadas por los sitiadores para responder con efectividad a una salida en fuerza y por sorpresa de los sitiados. En estas circunstancias necesitaban los primeros un "tiempo de reacción" e, indiscutiblemente, la distancia existente entre el campamento y las murallas –además de las medidas defensivas que se tomaban en los campamentos, con fosos y torres– era el factor que les proporcionaba ese "tiempo de reacción" en una situación crítica. Como podemos suponer, si estas distancias se guardaban durante la mayor parte del tiempo que duraba un cerco, mucho más había de hacerse a la hora de iniciar el mismo cuando todavía no se sabía con exactitud el potencial de los cercados y peligraba la seguridad de los sitiadores y el prestigio militar de su jefe. Por tal razón aconseja Alfonso X en la II Partida que no se asiente la hueste "primeramente tan a dentro que la ayan después de tornar a fuera" puesto que tal disposición les podía acarrear "vergüenza e daño".¹⁴ Y al hilo de esto último quizás resulte interesante conocer el "desbarato" ocurrido en el sitio de Loja en 1482 cuando los cristianos intentaron levantar un campamento avanzado que estaba en franco peligro.¹⁵

Después de lo conocido con anterioridad con respecto a las distancias a guardar entre sitiadores y sitiados, sólo nos queda saber si Alfonso XI en sus campañas militares tomaba estas precauciones que aconsejaban los más antiguos cuando de cercar una villa se trataba. De entrada, comenzaremos hablando del sitio a la malagueña villa de Teba en 1329.¹⁶ Aunque las crónicas nada dicen de la ubicación concreta del real, se sabe por la tradición local y los hallazgos arqueológicos encontrados que los campamentos cristianos se encontraba en unas lomas amesetadas al suroeste de Teba a poco menos de dos kilómetros de la villa.¹⁷ Un caso parecido a los que venimos citando se dio frente Alcalá de Benzayde –hoy Alcalá la Real– en el cerco de 1341. Según nos dice la Crónica, el Rey había estado con anterioridad frente a ella probando su resistencia; así que cuando volvió a cercarla definitivamente, reconociendo que era una villa fuerte¹⁸ mandó poner los reales bastantes retrasados, tanto que los moros entraban en la villa de noche y por este motivo ordenó adelantarlos.¹⁹ Pero esta actitud del monarca frente a los musulmanes no fue diferente cuando Alfonso XI puso cerco a la burgalesa villa de Lerma en 1336²⁰ por encontrarse detrás de sus murallas el rebelde Juan Núñez de Lara. Según leemos en las crónicas, cuando el

¹⁰ No olvidemos que la legua tiene 5.572 metros.

¹¹ Julio González González. *Reinado y diplomas de Fernando III*. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba. Córdoba, 1980, tomo I, pg. 376.

¹² *Crónica de los reyes de Castilla. Crónica del rey Pedro I*. Vol. LXVI de la Biblioteca de Autores Españoles. Editorial Atlas. Madrid, 1953, pg. 468. Se dice en este caso que estuvo dos meses y medio acampado en Morales, entre otras cosas, "porque non fallaba agua e non se podía mantener la hueste"

¹³ *Ibidem...*, pg. 531. Aquí se dice que asentó en el Grao "que es ribera de la mar a media legua de la ciudad".

¹⁴ Partida II, título XXIII, ley XXIII.

¹⁵ Véase así en los capítulos VIII y IX de la *Crónica de los Reyes Católicos*. Crónica de los reyes de Castilla, volumen LXX de la Biblioteca de Autores Españoles.

¹⁶ Crónica, pg. 225.

¹⁷ Debemos esta información a Gabriel Herrera González, natural de Tebas y Licenciado en Historia que ha tenido a bien informarnos sobre estos detalles. Nuestro más sincero agradecimiento por su colaboración.

¹⁸ Crónica, pg. 331.

¹⁹ *Ibidem*, pg. 332.

²⁰ Gran Crónica, pg. 135.

Rey asentó sus reales frente a Lerma lo hizo junto a la "ermita de Santa Maria". Hoy día no existe una ermita con tal denominación, pero como sospecha el cronista oficial de Lerma –José Portillo–,²¹ dicha ermita debe ser la conocida hoy día como Ermita de Manciles, de traza románico-mudéjar y a poco más de dos kilómetros de las antiguas murallas de Lerma.

Como estamos viendo reiteradamente, Alfonso XI también mantenía una distancia prudencial a la hora de asentar sus reales con respecto a las murallas de las villas que se proponía sitiar. Distancia que siempre fue superior a un cuarto de legua –unos 1300 metros–; esto fue así antes y después del cerco a Gibraltar en 1333 como podemos constatar en dos casos más, que por estar muy próximos en el tiempo y en el espacio al que tratamos, supusimos una confirmación para la hipótesis que acabamos de apuntar. El primero de los casos a tratar es el del cerco algecireño en 1342; como es bien sabido, el lugar elegido para asentar el primer campamento frente a Algeciras fue "un otero cerca de una torre, que dixerón después de los Adalides".²² Será interesante conocer al respecto que la distancia exacta desde el otero citado al punto más cercano a las murallas de Algeciras es de unos mil setecientos metros, lo que venía a corroborar nuestra hipótesis de trabajo; la cual se volvió a confirmar cuando tratamos el caso del asentamiento del real cristiano al sur de la villa de Gibraltar, en la "tierra bermeja" de la Crónica,²³ instalado a los pocos días de llegar al Istmo aquel mismo verano de 1333. Este campamento, que tenía por finalidad atacar Gibraltar por su costado meridional, se encontraba a más de un kilómetro del lugar por donde los musulmanes podían efectuar una salida y que no era otro que la puerta de la Barcina. Como sabemos por recientes excavaciones que dicha puerta estaba en la confluencia de Main Street con Casamates Square,²⁴ vemos que se repite una vez más esa condición de no acampar excesivamente cerca de las murallas a sitiar.

Pero volviendo al campamento del Istmo, y dado la extensión y regularidad del banco arenoso, resulta razonable pensar que los sitiadores decidieran posar reunidos y estructurar el campamento a la manera clásica de la época, esto es, situando "las tiendas del señor en medio, e las de los oficiales que lo han de seruir en derredor que esten a manera de alcaçar. E todas las puertas de estas tiendas deuen estar facia las del Señor, e deuen dexar enderredor desto plaça para que descaualguen los que uinieren a uer al Rey, e onde se alleguen, si algun rebate acaescierere en la hueste...".²⁵ O sea, que la llamada plaza de armas de un campamento no era otra cosa que el punto de reunión de las fuerzas antes de iniciar alguna salida, tanto para defender el campamento si era atacado, como para iniciar la ofensiva en masa ya que a nadie se le permitía atacar aisladamente. Pero además, y siempre a tenor de lo que dicen las Partidas, esta plaza era la que separaba las tiendas de los oficiales del rey de las de los ricos hombres y de los concejos puesto que las de los primeros debían formar –con respecto a las del rey– una especie de "muro con torres" en tanto que las de los concejos –separadas de las de los nobles por una "carrera ancha"– quedaban situadas en la parte exterior de los reales.²⁶

Por tanto, el campamento que estamos tratando de situar bien podía formar un cuadrado o círculo –de unos quinientos metros de lado o de radio–, y ateniéndonos a todo cuanto se ha expuesto nos inclinamos a considerar que el punto más próximo de aquel campamento a las puertas de Tierra y de Granada –únicos puntos por donde los sitiados podían efectuar una salida en fuerza contra los sitiadores–, no estaba a menos distancia que lo estaba el de "Arenas Bermejas" con respecto a la puerta de la Barcina. Por todo lo dicho, el centro del real de Alfonso XI bien lo podemos situar como a un cuarto de legua –casi mil

²¹ Don José Portillo es autor de un libro titulado: *Lerma y su tierra. Su prehistoria y su historia*. Lerma, 1995, pg. 50. Quede constancia de nuestro agradecimiento por el envío de fotocopias relativas al tema que aquí tratamos.

²² Crónica, pg. 343. Véanse, para más detalles, los muchos trabajos dedicados al cerco de Algeciras y, en especial, los de dos autores próximos a nosotros como son Torremocha Silva y Sáez Rodríguez.

²³ Crónica, pg. 252.

²⁴ Este dato podemos verlo en Francisca Piñatel Vera y otros: *Las atarazanas medievales de Gibraltar*. Almoraima, nº 25. Algeciras, 2001, pg. 222.

²⁵ Partida II, título XXIII, ley XX.

²⁶ Partida II, título XXIII, ley XIX.

cuatrocientos metros– de las puertas arriba citadas y a unos doscientos cincuenta metros de la orilla del mar. O sea, que posiblemente el punto más avanzado del mismo posiblemente estuviera –como lo apuntaba Hernández del Portillo– a la altura de la torre del Molino y coincidiendo con la actual zona aduanera de Gibraltar pero la mayor parte de ese real se asentaba en terrenos de La Línea de la Concepción tal y como lo situamos en la figura que acompaña este trabajo.²⁷

LA UBICACIÓN DEL REAL Y EL TRAZADO DE LA CAVA A PARTIR DEL RELATO CRONÍSTICO

Aunque estábamos convencidos de esta ubicación del real cristiano partiendo de la utilización de datos indirectos, decidimos comprobar si la hipotética situación del campamento podía confirmarse al identificar alguna otra referencia del terreno en una lectura atenta de las crónicas. En esta dinámica dirigimos nuestros pasos a situar primero el campamento de los musulmanes de Granada y Algeciras –que hostigaban a los castellanos por el lado de Sierra Carbonera– ateniéndonos al dato aportado por el cronista cuando dice que los musulmanes estaban acampados sobre "cabezos altos et tenían muy grand defendimiento".²⁸ Porque como es necesario recordar, Abu-Malik había llamado al rey de Granada y éste acudió en su ayuda en los últimos días del mes de julio.²⁹ Una vez reunidos granadinos y meriníes, no tardarían en desplazar hacia el Istmo a los destacamentos castellanos que defendían Sierra Carbonera impidiéndoles el aprovisionamiento de hierba y leña que éstos hacían en sus montes. Pero si nos atenemos a la última cita cronística, no resulta difícil llegar a la conclusión de que los reales musulmanes estaban a la vista de los arenales y sobre las primeras lomas que desde el Istmo se divisaban. En una primera aproximación al tema pensamos que dichos "cabezos" no eran otros que las estribaciones occidentales que bajan de Sierra Carbonera hasta Puente Mayorga,³⁰ pero en una reconsideración posterior nos dimos cuenta que de ser así el cronista no hubiera puntualizado que dicho campamento bloqueaba el camino³¹ que habían traído los castellanos hacia Gibraltar, motivo por el que hay que pensar que dichos "cabezos" no eran otros que las colinas que están al norte de la actual Refinería de Cepsa,³² cumpliéndose así la indicación de la crónica cuando dice que el real de los musulmanes estaba "a una legua del real de los Christianos".³³

El cambio de situación táctica que se dio a la llegada de los granadinos, con el peligro que podía implicar para los del Istmo, fue el motivo por el que aconsejaron al rey de Castilla "que mandase facer una cava en el arenal desde la una costera de la mar fasta la otra" y que las huestes cristianas estuviesen detrás de aquel foso. A don Alfonso le pareció bien lo que le aconsejaban "et luego fue fecha la cava desde la una costera del mar fasta la otra",³⁴ y nada más dicen las crónicas con respecto al trazado y características de aquel foso que debió hacerse con rapidez y sin grandes problemas de carácter técnico. Pero como la construcción de un foso que diera ciertas garantías de seguridad debía llevarse un tiempo que nosotros suponemos hubiera sido recogido por el cronista, cabe pensar que los castellanos decidieron ejecutar en el menor tiempo posible una fortificación que le proporcionara cierta seguridad y luego mejorar la obra en fases posteriores con aquellos

²⁷ La ubicación aproximada la señalamos con el n° 1 en la figura que acompaña a este trabajo. Debemos indicar que la escala del círculo no es la misma que la del mapa.

²⁸ *Ibidem...*, pg. 255. El cronista da todas las medidas en leguas o fracciones de ella.

²⁹ No es el momento de entrar en detalles, pero las crónicas dan datos suficientes para suponer que fue después de mediado el mes de julio cuando los granadinos llegaron a Guadiaro.

³⁰ Así lo señalamos en nuestro trabajo: *Sobre la ubicación del real...* No obstante, en el presente trabajo lo situamos en las lomas al norte de la Refinería de Cepsa y lo remarcamos en la figura 1 con el número 5.

³¹ Crónica, pg. 255. El cronista dice respecto a la ubicación del campamento de los musulmanes que: "*non podía salir por tierra un ome del real de los Cristianos que non oviese a pasar por el su real dellos*". O sea, que estaba sobre el camino que unía Gibraltar con el río Guadarranque; camino que todavía se utilizaba a principios del siglo XX, como podemos ver en el mapa de la figura 1.

³² Las señalamos en la figura 1 con el número 6.

³³ Crónica, pg. 255.

³⁴ Crónica..., pg. 255.

peones que permanecían en su guardia. Así que –considerando de entrada que el Istmo no debía tener en aquellos tiempos la misma altura y anchura que hoy día–, suponemos que una zanja de dos metros de ancha y poco más de un metro de profundidad, con el fondo inundado por las aguas del mar, podía ser más que suficiente para formar un talud arenoso de unos dos metros de altura para proteger al ejército castellano de una acometida de los musulmanes de la sierra.

Ahora bien, como hemos apuntado anteriormente, un atrincheramiento de estas características no se ajustaba a los usos de la guerra medieval. Por ello creemos que después del trazado inicial, hecho posiblemente en unas veinte horas,³⁵ se debió mejorar la fortificación ensanchando el foso hacia Sierra Carbonera y levantado el muro arenoso por el lado del campamento. Es probable, y aquí seguimos las directrices de Vegecio,³⁶ que el foso alcanzara los cuatro metros de anchura y el terraplén sobre el nivel del Istmo no bajara de los dos, lo que sumado a la profundidad de la zanja constituiría un atrincheramiento de cuatro metros de ancho por tres de alto. Ni tampoco sería extraño, tal y como aconseja don Juan Manuel,³⁷ que en dicho atrincheramiento existieran aberturas protegidas por barbacanas –a las que suponemos necesariamente constituidas por montículos de arena–, protegiendo las salidas y entradas de los cristianos hacia la zona de Sierra Carbonera.

Terminado aquel foso, según dicen las crónicas, dispuso el Rey quiénes debían ser los encargados de su defensa en caso de emergencia,³⁸ y dispuso también el monarca que determinados efectivos de la caballería cristiana se adelantaran hacia la Sierra para avisar a la hueste con antelación suficiente de cualquier aproximación que hicieran los musulmanes.³⁹ Es en esta situación cuando el cronista proporciona otro dato a tener muy en cuenta pues, según él, aquellos destacamentos se alejaba de los reales cristianos hasta "una media legua";⁴⁰ y se dio la circunstancia que una de las veces que aquel destacamento estaba a levante de la Sierra, se introdujo por el lado de poniente y hacia el campamento cristiano un grupo de caballeros musulmanes que los del obispado de Jaén –al mando de Díaz Sánchez– salieron a frenar de "...travieso a deshora. Et los moros volvieron a ellos et ouieron pelea de consuno".⁴¹ Lo que hace sospechar que los del obispado de Jaén –a pesar de estar en el lado de levante de Sierra Carbonera– sí estaban vigilando el lado de poniente porque, indiscutiblemente, vinieron a dar alcance a los moros cuando éstos habían penetrado en los arenales más de lo deseado por los de Jaén. Por tanto, los cristianos llegaron tarde al encuentro porque tuvieron que recorrer el espacio que separaba el punto desde donde estaban hasta el lugar de la pelea.

Entonces surge la pregunta consiguiente, en qué lugar a levante de la Sierra y a media legua de los reales podían estar los cristianos para ver a los moros que penetraban en el arenal por el lado de poniente. Para responder a tal pregunta decidimos pisar el terreno y encontramos que no existe tal lugar, por lo que es obligado pensar que los de Jaén debieron dejar observadores en algún sitio muy concreto y éste no debió ser otro que un punto de la zona de la Pedrera⁴² –una cota de sesenta

³⁵ Suponiendo que se cavara una zanja inicial de unos dos metros de ancha por otro de profundidad y unos mil quinientos de larga, habría que remover unos 3.000 mts³. Considerando que un hombre puede remover un metro cúbico de tierra blanda en una hora quince minutos, con turnos de 400 hombres y relevándose convenientemente, la zanja pudo hacerse en unas veinte horas. Estos datos y cálculos los debemos, y desde aquí se lo agradecemos, al arquitecto linense Carlos Javier Rodríguez y Romero.

³⁶ VEGECIO RENATO, Flavio: *Instituciones militares*. Traducción de José Belda Carreras. Madrid, 1929. Según este tratadista, cuando el enemigo está cerca, o presente, se debe cavar un foso de nueve pies de profundidad y doce de anchura y con la tierra que se saca levantar un muro de cuatro pies de altura, formando un atrincheramiento de trece pies de profundidad por doce de anchura. Así en pgs. 118-119.

³⁷ *Libro de los Estados*, pg 324: Se dice aquí: "otrosí, si los moros cercaren al lugar de los cristianos, los que estudieren en el lugar cercado deben trabajar cuanto pudieren porque el lugar haya carcava et barbacana...".

³⁸ Crónica..., pg. 255. La situación de emergencia sería avisada con el toque de una campana.

³⁹ *Ibidem*.

⁴⁰ Crónica, pg. 256. Aquí se dice "redradas".

⁴¹ *Ibidem*.

⁴² Lo señalamos con el nº 3 en la figura 1 de este trabajo.

metros situada un poco a occidente del asentamiento de la torre que se levantó en el siglo XVIII⁴³ donde un hombre puede visualizar simultáneamente ambos lados de la Sierra. Y sobre el terreno nos preguntamos –aunque sin encontrar la respuesta adecuada en aquellos momentos– ¿qué podían buscar los castellanos a levante de la Sierra si eran dueños de aquél privilegiado observatorio desde donde se controlaba los dos lados al mismo tiempo? El primer indicio nos llegó de la pluma de un sanroqueño⁴⁴ que vivió a caballo entre el siglo XVIII y XIX al describirnos la ubicación de las fuentes más conocidas de Sierra Carbonera. Según nos cuenta Lorenzo Valverde, al norte de la torre de la Pedrera "como a un tiro de fusil de ella está una fuente que llaman del Toro, cuyas vertientes caen a Levante". O sea, que en la ladera oriental de la Sierra existía una fuente cuyas aguas pudieron ser utilizadas por los de Díaz Sánchez para que abrevasen sus caballos y, ¿por qué no?, para que los animales comiesen hierba fresca, algo imposible de obtener en el campamento del Istmo.

Y era seguro que había hierba y agua suficiente para un pequeño destacamento por aquella zona ya que, en una etapa de buenas relaciones entre España e Inglaterra como consecuencia de la paz de Amiens,⁴⁵ el duque de Kent pidió autorización por dos veces a los gobernadores del Campo para que ganado de Gibraltar pasara a pastar a la zona de la Pedrera.⁴⁶ La primera vez el asunto debió quedar inconcluso como consecuencia del cambio de gobernador militar en el Campo, por ello se debió retomar la cuestión al poco tiempo de hacerse con el cargo el general Castaños. Éste visitó al duque de Kent el día veinticinco de noviembre⁴⁷ y el día ocho de diciembre de mil ochocientos dos –según cita José Antonio Martínez–⁴⁸ el gobernador de Gibraltar solicitaba al general Castaños la autorización correspondiente para que ciento cincuenta bueyes de la colonia pasaran a los abrevaderos inmediatos a La Línea⁴⁹ y que no debían ser otros que los de la Pedrera, como antes se pedía.

Con esta información recurrimos a un buen conocedor de la zona como lo es Jorge Sánchez Bassadone,⁵⁰ quien nos mostró la fotocopia de un mapa militar⁵¹ donde se recogía el topónimo "cerro de los toros" en una situación próxima a la que indicaba Lorenzo Valverde y en la que, ya sobre el terreno, encontramos un manantial próximo a una cota de 100 metros y con escaso caudal.⁵² Pero lo más interesante del recorrido por las parcelas adyacentes al camino que circunda sierra Carbonera por su lado de levante, a una cota aproximada de treinta metros, fue convencernos de que la escorrentía del manantial –o bien el de otros acuíferos de la Sierra– propicia la abundancia de agua e hierba por aquella zona, lo que venía a confirmar el sentido de la petición del duque de Kent y también nuestra hipótesis de que los del obispado de Jaén podían avanzar hasta aquellos parajes para refrescar sus caballos al tiempo que dejaban vigilantes en el observatorio de la Pedrera.

⁴³ Para más detalles véase Sáez Rodríguez: *Almenaras...*, pg. 288.

⁴⁴ Estamos hablando de Lorenzo Valverde: "*Carta histórica y situación topográfica de la ciudad de San Roque*". Instituto de Estudios Campogibaltareños. Algeciras, 2003, pg. 73

⁴⁵ Posac Mons, Carlos: *Una breve etapa de buenas relaciones entre Gibraltar y el Campo de Gibraltar propiciada por la Paz de Amiens*. Almoraima, nº 29. Algeciras, abril de 2003. pgs. 411-418.

⁴⁶ Véase así en el acta del día 16 de junio de 1802 que se guarda en el Archivo Histórico de San Roque, Libro nº 9 de la Actas Capitulares, folios 144v y 145r. El texto íntegro de la misma podemos leerlo en Martínez Mateos-Albadalejo, José Antonio: *Orígenes de La Línea de la Concepción. Periodo 1794-1821*. Página 27. El gobernador militar comunica al ayuntamiento de San Roque sus intenciones de acceder a tal petición el día catorce de junio de 1802. Sospechamos por tanto que la cuestión pudo surgir como consecuencia de la visita que hizo al duque de Kent el gobernador militar del Campo, conde de Hays Saint-Hilarie, el día 22 de mayo. Véase esto último en la pg. 414 del artículo citado en la nota anterior.

⁴⁷ Véase así en Posac Mons: *Una breve etapa...*, pg 415.

⁴⁸ Martínez Mateos-Albadalejo: *Orígenes...*, pgs 16-17.

⁴⁹ Así podemos verlo en la carta que el general Castaños dirige a las autoridades de San Roque ya que el concejo se oponía a la autorización concedida por el gobernador militar del Campo. El documento, que transcribe Martínez Mateos-Albadalejo en la obra citada, se guarda en el Archivo Histórico de San Roque, caja 73, doc. nº 18.

⁵⁰ Sánchez Bassadone es un linense propietario de una cuadra-picadero situada en las cercanías del derruido cortijo de la Pedrera. Sin su apreciada colaboración no hubiésemos llegado a las conclusiones que aquí exponemos, motivo por el que sinceramente le quedamos agradecido.

⁵¹ Una porción del mismo es la que se muestra en la figura 1 de este trabajo. El mapa en cuestión, a escala 1: 25.000 y que podemos datar entre 1909 y 1916, se trata del "*Estudio de la defensa de la costa desde punta Paloma a punta Sardina*" y está realizado por el Regimiento de Artillería de Costa nº 1.

⁵² La señalamos con el nº 4 en la figura 1 de este trabajo. Tengamos presente que la fuente del Toro llama la atención a Lorenzo Valverde por sus propiedades medicinales y no por la abundancia de su caudal.

Para nosotros, tal situación explicaría el retraso en frenar la cabalgada de los musulmanes por el lado de poniente y la razón para que el cronista diga que los cristianos se alejaban hasta media legua del real. Esta distancia, cercana a los dos mil ochocientos metros, tomada desde unos trescientos metros al norte del citado observatorio nos situaría el borde septentrional del real cristiano en el interior del actual Parque Municipal Princesa Sofia, tal y como venimos diciendo.

Convencidos por varias razones de dicha ubicación, hora es ya que nos aproximemos al trazado del foso que defendía el campamento por el lado de la Sierra, y para ello lo más razonable será cuestionarnos sobre la distancia que podía separarlo de su lado norte porque su posición relativa al resto del campamento carece de importancia. De entrada sabemos que dicho foso no estaba junto al campamento porque según leemos en las crónicas, la segunda vez que los musulmanes de la Sierra se aproximaron en orden de batalla al foso, "los cristianos salieron todos armados fasta la cava, et pusieron y sus haces".⁵³ Detalle éste que nos obliga a pensar que entre foso y real existía una cierta distancia, sensación que se confirma cuando leemos más adelante que después de todo un día de provocaciones por parte de unos y otros para llevar a los contrincantes al terreno que les era favorable, "desque veno la tarde del día fueronse los moros para sus reales, et los christianos eso mesmo".⁵⁴ Así que por las expresiones que preceden, damos por sentado que entre el foso y el campamento debía existir un pasillo de unos doscientos a trescientos metros, distancia que permitiría el tránsito de los efectivos que defendían la cava en sus distintos sectores. Por otro lado, y dado que la enlorigada caballería castellana no era efectiva junto al foso, consideramos que se necesitaban unos trescientos metros de espacio mínimo para que los caballos alcanzaran su máximo impulso y eficacia en el caso de tener que cargar contra los musulmanes que rebasaran a los de la cava.⁵⁵ Así que, apoyándonos en todo lo anterior, creemos que el foso aquí tratado podía discurrir aproximadamente por donde ahora lo hacen las calles Méndez Núñez, Sol y Jardines, cruzando los arenales de una a otra orilla tal y como lo representamos con el trazo que se señala con el número 2 en la figura que acompaña a este trabajo.

EL RASTRO DE LA CAVA EN LA BIBLIOGRAFÍA

Como sabemos, aquella fortificación sobre el Istmo resultó efectiva hasta el punto que los musulmanes no intentaron asaltar el campamento castellano. La situación bélica entró en un compás de espera que terminó en un pacto entre los contendientes el día veinticuatro de agosto de 1333. A consecuencia de aquel pacto, el rey de Castilla levantó sus campamentos y se dirigió a Sevilla después de pasar por Alcalá de los Gazules y Jerez. Es de suponer que la zanja abierta sobre los arenales y el talud que protegía el real de los cristianos quedaron intactos en la mayor parte de su trazado, pero el viento de la zona debió comenzar por entonces su labor de explanamiento. Por si fuese poco, diez años más tarde llegaron de nuevo los granadinos a Gibraltar para ayudar a los de Algeciras que estaban siendo sitiados por Alfonso XI. Según la Crónica, los de Granada asentaron su campamento sobre el Istmo⁵⁶ y lo más probable es que contribuyeran al relleno del foso. Y si lo anterior fue insuficiente, no olvidemos que en 1349 Alfonso XI puso de nuevo sitio a Gibraltar y sus huestes permanecieron frente a la plaza más de nueve meses, tiempo suficiente para que con el trasiego de hombres y animales por los arenales se terminara de allanar cualquier desnivel existente sobre el Istmo. Dadas estas circunstancias, naturales y humanas sobre la zona, no es de extrañar que la huella de aquel foso no fuese ya perceptible en los primeros años del siglo XVII⁵⁷ cuando Hernández

⁵³ *Ibidem*, pg. 266.

⁵⁴ *Ibidem*.

⁵⁵ Es necesario un espacio próximo a los trescientos metros antes de que los caballos alcancen el galope y, con él, su mayor eficacia en la carga. Véase para esto Sotto y Montes, Joaquín de: *Síntesis histórica de la caballería española*. Editada por Escelicer, S. A. Madrid, 1968, pg. 469.

⁵⁶ Crónica, pg. 371

⁵⁷ En la pg. 22 de su "*Historia de Gibraltar*" se dice que la obra fue escrita entre los años 1605 y 1610. El comentario sobre la cava podemos encontrarlo en la página 81 de la misma publicación.

del Portillo escribió su "Historia de Gibraltar". En esta obra, Portillo hace mención a los hechos de 1333, pero nos dice que la cava "no aparece por parte alguna", motivo por el que sospecha que el viento pudo contribuir a su cegamiento.

Una veintena de años más tarde, concretamente en 1627, redactó Luis Bravo de Acuña su informe sobre Gibraltar.⁵⁸ Nada dice sobre aquella fortificación medieval; sin embargo, al hablar de los inconvenientes que se le podía presentar a la artillería para aproximarse a la ciudad de Gibraltar por el Istmo, no deja de observar que los cañones podían acercarse por la playa en la bajamar o a través de unas "dunas muy dobladas de arena"⁵⁹ que debían seguir una trayectoria este-oeste, porque de otra forma no creemos que entorpecieran el paso de la artillería en su aproximación a Gibraltar. La realidad es que, ante esta cita, no sabemos si estas dunas eran una consecuencia extraña de los vientos de la zona⁶⁰ o una huella distorsionada de la fortificación medieval que aquí tratamos. Sea como fuere, Francis Carter en el capítulo V de su obra "Viaje de Gibraltar a Málaga" recoge algunos detalles del cerco de 1333 –allí se dice 1332–, y refiriéndose al rey Alfonso XI dice que "hasta hoy en día se puede observar la zanja o foso que hizo de mar a mar para defender la retaguardia de su ejército".⁶¹ No sabemos si Carter se dejó llevar por la imaginación, o situó el foso donde ni Portillo ni Bravo de Acuña supieron verlo. Pero debemos indicar al respecto que para el año 1772, fecha en que Carter visitó la zona, ya se habían realizado nuevas obras de fortificación sobre el istmo y el relieve del mismo estaba muy alterado como para reconocer el trazado de la cava. Sin duda alguna, la línea de contravalación que comenzó a construirse en 1731 bajo la dirección de Próspero de Verboom, fue la obra que más alteró el relieve natural de los arenales. Según hemos podido comprobar en las fotocopias de los planos que se guardan en el Museo del Istmo de la Línea de la Concepción,⁶² para elevar el nivel de la línea fortificada se hubo de acarrear hacia ella arena proveniente de los lados norte y sur de la misma, motivo por el que suponemos que las zonas pantanosas que se señalan en algunas cartas⁶³ al norte de aquella fortificación tuvo su origen en la masiva extracción de arena que se hizo en tales puntos.

Sea como fuere, ni Ignacio López de Ayala, que escribió su *Historia de Gibraltar* en 1782, ni otros autores posteriores que conocieron la zona y escribieron sobre ella se aproximan a fijar la situación del campamento o de la cava. Con respecto a estos elementos se ciñen en sus comentarios a cuanto proporciona la Crónica para el cerco de 1333.

⁵⁸ José Antonio Calderón Quijano. *Las fortificaciones de Gibraltar en 1627*. Sevilla 1968, pg. 7.

⁵⁹ Bravo de Acuña, al hablar de las medidas tomadas para defender la parte que mira a España, viene a decir que un posible enemigo podía desembarcar artillería por la Torre del Rocadillo –a una legua de Gibraltar–, pero que luego había "de conduzilla por unas Dunas muy dobladas de arena". Se puede ver así en Calderón Quijano, *Las fortificaciones...*, pg. 54.

⁶⁰ Al proceder de levante y poniente los vientos dominantes en la zona, las dunas debían orientarse en dirección norte-sur tal y como se puede apreciar en una vista del Istmo en 1785, obra de William Faden. Véase así en la pg. 59 de: *Una mirada a la Historia. Mapas y cartas marinas de la bahía y del estrecho de Gibraltar*. Edita, Fundación Municipal de Cultura de La Línea de la Concepción.

⁶¹ Francis Carter. *Viaje de Gibraltar a Málaga*. Diputación Provincial de Málaga. Málaga 1981, pgs. 62-63.

⁶² Desde aquí nuestro público agradecimiento al equipo técnico del Museo y, en especial, a su director Carlos Gómez de Avellaneda, que nos ha permitido consultar planos y bibliografía suficiente para confirmar o rechazar algunas hipótesis iniciales de trabajo.

⁶³ Véase, por ejemplo, "Carte de la Baye de Gibraltar" de Jacques-Nicolas Bellin de 1762 y la del mismo autor en 1764 que se recogen en el catálogo antes mencionado: *Unamirada...*, pgs. 54 y 56. El mismo detalle lo recoge Tomás López en su "Carta de la Bahía de Gibraltar" de 1779 y que se guarda en el Servicio Geográfico del Ejército.